

la traducción del latín al español se ha reservado para las notas histórico-literarias con las que se facilita al lector su penetración en la obra.

El prólogo con que se inicia el volumen constituye, más que un comentario de la obra de Paul Claudel —lo que Angel J. Battistessa ha reservado para otras publicaciones y lo que la extensión de un prólogo no permitiría hacerlo— la presentación de Juana de Arco a través de la literatura francesa y de las otras literaturas. Para comprender una obra de arte es necesario conocer las que la antecedieron y saber situarla en el tiempo y en el espacio para poder —por analogía o por contraste— valorarla en su plenitud. Esto es lo que consiguen las páginas que anteceden al drama de la hoguera.

Los grabados que ilustran el volumen constituyen un medio valioso para dar la sensación de época, tan necesaria cuando se trata de obras que transcurren en otros tiempos. La Edad Media que vive en el drama debía estar presente en el cuerpo del libro.

Esta edición, de tiraje reducido, contó —como era de esperar— con la aprobación de los lectores porteños.

*Paulette Rachou.*

Noviembre de 1948.

## LA CIUDAD PINTADA DE ROJO

por *Manuel Gálvez.* Editó: I.P.A.C.

El Instituto Panamericano de Cultura “entra en contacto por primera vez con el público de la Argentina”; con la última producción de uno de nuestros grandes prosistas; se trata de “*La ciudad pintada de rojo*”: su au-

tor es Manuel Gálvez. Este, con la pureza de estilo que le caracteriza; su arte de narrar, el vigor y la claridad de la prosa, lo perfecto de la composición, la riqueza del colorido, el sentido de la vida humana y el conocimiento del alma femenina, vuelve en “*La ciudad pintada de rojo*”, a la novela de ambiente histórico que abandonara hace diez años.

El autor presenta en esta obra —encuadrado en el marco del Buenos Aires de la época de Rosas— un conjunto armónico de variadas escenas, de vistosos cuadros maravillosamente descriptos en medio de los cuales vibran y se desenvuelven los hechos que son motivos de las actitudes y gestos de cada uno de los personajes.

No ha de escapar a la observación del lector la dificultad de trasladar al papel una idea precisa y a la vez desapasionada, acerca de los momentos políticos que considera Gálvez en su libro, que ya en sí mismos entrañan la actuación de figuras tan opuestas como Echeverría y Rosas, o bien de otras —aunque no tan dispares— no menos apasionantes en su acción. Por eso mismo el autor inicia la obra con una advertencia en la que destaca, entre otras cosas, lo siguiente:

“También quiero advertir que en esta novela no pretendo hacer ninguna revisión de la historia. A la verdad ninguna novela debiera intentarlo...”

“Agregaré que esta novela nada tiene que ver con la política, ni la de entonces ni menos la de ahora. Creo haber logrado la absoluta imparcialidad. Mi objeto ha sido pintar hombres y mujeres, mostrar sus pasiones y describir una época de mucho colorido”. Ahora bien, en la lectura de la obra y el análisis que supone la aparición de cada nuevo personaje —sorprendido en

distintos momentos emocionales y a través de diversas actividades— se plantea este interrogante:

¿Hasta qué punto ha logrado Gálvez esa imparcialidad de que nos habla, y mantenerse dentro de los límites naturales que la misma señala? En este sentido podemos considerar que hay en la obra un determinado momento en que se afirma una primera impresión acerca de que la misma no es tan absoluta como pretende ser, o al menos tan impersonal su autor en las manifestaciones de sus personajes que no pueda identificárselo con ninguno de ellos. Manuel Gálvez —que por otra parte logra una pintura acabada de los caracteres— parece expresarse a través de las actitudes y pensamientos de determinada figura —particularmente en el epílogo— si no íntegramente, en una forma parcial. Es indudable que en la pintura de ese personaje como la de los

restantes elementos humanos que se presentan a nuestra consideración, hay —según hemos destacado— una acabada manifestación de realidad, de sentimientos veraces. Gálvez señala con perfección los diversos movimientos del espíritu humano, particularmente del alma femenina. Baste para confirmar esto, recordar la delicada personalidad de la romántica Rita Elaustro, la enamorada del autor de “Los Consuelos”.

Concluyendo podemos decir que la obra tiene —como todas las obras de Gálvez— innegable valor literario, que se acentúa en lo acabado de la representación de un momento en la vida del Gran Buenos Aires, libro que “de mucha acción y movimiento de pasiones, de violentos caracteres, no deja de ser, a pesar de su ambiente histórico, una verdadera novela como cualquier otra apasionante y gran novela de la vida contemporánea”.

*Dora J. López.*

## LAUS DEO

